

LA VELADA.

EDITOR,

ADMINISTRADOR,

D. NICOLÁS FORT Y BOLDAN.

D. ENRIQUE SAN MARTÍN.

PERIÓDICO LITERARIO.

AÑO I.

Madrid 25 de Diciembre de 1872.

NÚM. 3.

LA NOCHE-BUENA.

Entre los momentos dichosos de la vida, ninguno tan dulce como esas breves horas que llamamos *Noche-Buena*.

La Noche-Buena es el día del año que habla de amores al corazón de nuestros compatriotas. La madre abraza más tiernamente á su hijo, el hijo tiene más cariño á su madre, el hombre á su esposa, la mujer al padre de sus hijos... y al oír esos alegres clamores de un pueblo que canta, olvidando sus desgracias, se diría que reina una atmósfera purísima en torno nuestro, el ambiente de la felicidad.

Para el hombre aislado, la Noche-Buena es una cosa bien triste. Entonces recuerda su familia perdida, los goces del hogar, y el porvenir sin límites que le rodea. Se encierra en su aposento y gime ó llora, en ausencia de la virtuosa madre que le dormía, besándole la frente; del padre que presidía la mesa, invitándole á vivir; del hermano con quien jugaba en su juventud; del vecino de la calle, de la casa paterna, del campo que recorría, del aire que respiraba...

Es verdad que el hombre se materializa, vá dejando poco á poco aquellas antiguas creencias que le inculcaron sus padres; pero así y todo, la Noche-Buena es una necesidad de la existencia, es el día que consagramos á la familia, es el tributo rendido á aquellos pobres abuelos de quienes burlábamos tanto, y que premiaban nuestras bribonadas con tan buenas golosinas.

Los que conservais la dicha de vivir en familia, reunid á vuestros hijos en esta noche de amor; los que no la teneis—triste es el destino;—pero acercaos á vuestros amigos, y pedidles un puesto en la mesa para ensanchar vuestra alma.

Y luego, cuando lleguen las altas horas de la noche, dormid tranquilos y sosegados, esperando el día que seguirá á este día, sin que os inquieten por un momento las más vagas visiones.

INVOCACION AL SUEÑO.

Sueño indeciso, que en el espacio
lento y suave vagar te ví:
ven hacia el lecho dulce y despacio,
vuela hacia mí.

Aunque tranquilo late mi pecho,
aunque sencilla vibra mi sien,
mece tu sombra sobre mi lecho,
no tardes, ven!

Entre celajes de blandas nubes
rúbia, sin formas la ví por tí;
si con tus alas me traes querubes,
vuela hacia mí.

En el murmurio del aura leve
sueño dorado, mi hermoso bien,
las dulces capas del aire mueve,
no tardes, ven.

Sueño indeciso que el espacio
con vuelo vago cruzar te ví,
ven hacia el lecho dulce y despacio;
vuela hacia mí.

Ya que tranquilo late mi pecho,
ya que te sigue la dicha en pos,
vela el descanso sobre mi lecho,
yo duermo: adios!

LA PESCA NOCTURNA.

(Véase el número 1.º)

IV.

Estábamos en el paraje de la pesca y no había un momento que perder.

Los remos se levantaron en alto, y cayeron al agua produciendo una lluvia de rocío. Ocuparon los pescadores sus respectivos banquillos, inclinó la caña del timón poquito á poco, y la barquichuela dibujó una magnífica curva, obediente siempre á mi ligera indicación.

A estribor de nosotros teníamos la tierra limpia, con sus extensas playas de arena, ó más allá algunos pequeños rompientes, donde se estrellaba entonces la marea.

Marchamos hacia ella con una buena velocidad. Los marineros se inclinaban, tendían hacia adelante sus nervudos brazos agarrando los remos, volvían á echarse hacia atrás, y la pala recorría la segunda capa del agua y salía goteando de la superficie. El mar parecía gemir á nuestro paso, las cuerdas pendientes sacudían con fuerza nuestro mástil, y la nave, al movimiento continuo de los remeros, chascaba como si tendieran á desunirse sus maderas.

Al cabo de algunos minutos llegamos á la orilla.

V.

Se atracó la barca, sacaron del fondo las redes, y mientras los pescadores, con las piernas desnudas, se ocupaban en extenderlas cuidadosamente, salté á tierra y me entretuve en recorrer uno y otro lado de la costa.

Era una playa de arena que rechinaba á mi paso y ofrecía en alguna extension la menor particularidad. Más allá se distinguían masas informes, indudablemente rocas, que se iban elevando, elevando, hasta formar en último término los primeros ramales de la cordillera.

Luego, resaltando en un fondo sin color definido, alguna que otra peña, herida por la luz de la luna, despedía reflejos vacilantes como los que produce por el sol de primavera una gota de rocío. Más atrás nada, vaguedad tan solo; despues los contornos de la montaña perfectamente recordados desde mi punto de observacion y detrás de aquellas cúspides el cielo purísimo, azulado, iluminado por el astro de la noche.

Continué paseando. La playa se elevaba por grados sucesivos: cerca del agua la arena crugia y cedía fácilmente; hacía el interior estaba tan seca que tenía el color de la sosa.

Muchas veces me sentaba á la orilla del agua, en alguna roca aislada, para mirar al Océano; quedábame allí pensativo, distraído más bien, porque no podía definir mis propias ideas y luego seguía caminando por la llanura de arena, sin distinguir una luz que me indicase la presencia de una existencia humana. Donde la naturaleza domina con mayor armonía; donde una costa igual, sin puertos ni bahías parece más favorable á las legiones del Océano, el hombre no puede subsistir, se declara vencido. ¿Por qué esta lucha del hombre y la naturaleza, cuando esta es su madre, cuando le ha sustentado á su pecho y le abandona en su tierno cariño los más preciosos tesoros?

VI.

Andando, andando me encontré en los rompientes.

Trepé por ellos de peña en peña, gateando, temiendo caer al agua al más pequeño descuido, hiriéndome las manos y sentándome de vez en cuando para descansar un momento. Avancé de este modo hasta llegar á una especie de coliseo que me llamó la atención.

En medio de un anfiteatro prolongado se elevaban en todas direcciones monstruosos peñascos que se enlazaban en la parte superior, dejando inmensas portadas de una fantástica arquitectura. Siguiendo más adelante, aquellas masas informes, entreabiertas sin duda por la fuerza de las aguas, formaban magníficos zaguanes, estrechas

galerías, festonadas casi siempre por las verdosas gualdas de los vegetales marinos. A veces, entre los pilares, brillaba un pobre rayo de luna, triste, recto, que moría en alguna peña desierta, y á su tibio resplandor se hubiera creído observar gigantes moluscos, con numerosos tentáculos, que se aproximaban pesadamente hácia nosotros. El mar chocaba no lejos de allí, y la brisa, tan leve como era, silbaba sordamente á lo largo de las columnatas.

Necesitaba descansar de mis fatigas y me senté á la orilla del agua, en una roca que hacía el oficio de pedestal. Apoyéme en su columna y con los ojos medio cerrados, *gocé un momento de sufrimiento*—permítaseme la expresion—en escuchar todos aquellos ruidos que se perdían vagamente para ser reemplazados por nuevos rumores, más lentos, más tristes, más leves que la vez anterior.

De vez en cuando un movimiento en la arena me hacía estremecer: tenía miedo de la soledad. Me inclinaba y veía escaparse hácia el mar alguno que otro cangrejo, oculto hasta entonces por la hendidura de una peña.

Mi espíritu se apagaba, apoyé mi brazo en la roca y la frente en mi brazo, mi cuerpo languideció, envolvíme en el gaban cuanto pude, y despues comprendí vagamente que empezaba á dormir.

(Continuárá.)

CARMEN.

(Continuación.)

—Por de contado que esa flor soy yo: ¿no es verdad?... Pero dispense V., caballero: esta ligereza es hija de nosotras, las americanas... desearia que no me tomara V. por una coqueta.

—¡Señorita! V. me perdonará, pero me hacia usted tan dichoso con esa pequeña confianza, que de rodillas, sino temiera ofenderla, le rogaria á usted no la apartase de mí...

—Me ha comprendido V. perfectamente, y siento en el alma haberle juzgado tan mal... Observo, á pesar de todo, que calla V. la pregunta que tenía intencion de dirigirme.

—Pues bien, es esta. Si á V. le gusta la danza, ¿cómo se ha retraído esta noche de bailar, cuando tantos galanes la han invitado á gozar de esa *dulzura*?

—La respuesta es muy sencilla, me respondí con gravedad. Estoy muy delicada, caballero, me ha traído mi familia á España para volverme la vida que me iba faltando. Los médicos—¡qué ocurrencias tienen los médicos! ¿verdad?—me han prohibido que diera más de una vuelta por el salon, y aquí me tiene V., sin poder moverme, hasta el último vals que escojo siempre para esa pequeña libertad.

—¿De suerte que ha pasado V. muchas noches como esta?

—Como esta ninguna, se lo juro á V., caballero... Cuidado, no me vaya V. á decir que las mujeres sabemos también lisonjear; ¡sería una frase tan horrible!... Sí, he pasado unas noches bien tristes, continuó variando la inflexion de su voz: es verdad que algunas veces se acercaba un caballero, me daba conversacion ó venia á buscarme mi mamá; pero ¡yo no sé! me encontraba mejor sola y recordaba los placeres de mi país...

—Pero el país de V. es el suelo del amor, y gozaria V. en vez de penar.

—¿Lo ha visitado V.?

—No, pero me atrevo á juzgarlo; ¡debe ser tan hermosa aquella existencia cuando V. la ha visitado!

—¡Oh, sí; es tan bello! Aquellas noches serenas, en que se aspira la brisa del mar, cuyas ondas se ensanchaban en la playa que dominaba nuestra casita: aquel Océano sin límites, en cuya superficie vagaban algunas luces que se iban estinguendo, estinguendo, hasta acabar de morir; aquellos países vírgenes, impenetrables muchas veces, apenas iluminados por un rayo de sol que se detenía gozoso en las hojas de los árboles, hablaban tanto al corazón que, al recordarlos se me venian las lágrimas á los ojos.

Y luego aquellos gemidos del mar en la arena, el choque continuo del viento que agita las ramas de la palmera y el cordage de las lianas, el canto del pescador, dulce, monótono, que tanta impresion produce en quien concibe la idealidad de la vida; y el arrullo de la paloma, y el piar de los pajarillos, y el vuelo de las oropéndolas, ó más triste, más vago que todo esto, el lloro del esclavo que recuerda su patria ausente, me hablaban con sus voces misteriosas, aquí, en estos salones, y parecia decirme que yo era tambien una esclava del destino, á quien habian robado su encantadora patria...

Y la joven me miró conmovida, y mis ojos lanzaron un torrente de fuego y amor, porque habia encontrado la mujer que soñara en mis ensueños de poeta.

—Otros dias, le dije exaltado, otros dias. Y hoy, hoy tambien recuerda V. esos amores...

—No, hoy los he olvidado. V. me los ha hecho recordar, no como memoria de felices dias, sino como un recuerdo de las noches pasadas.

Aquella mujer ¿correspondia á mi cariño?—Empecé á suponerlo: el brillo de sus ojos, el rubor de su frente, el temblor de sus labios, todo parecia indicármelo. Sin embargo, ahogué mi congoja y la dije como si tuviera celos antes de gozar su amor.

—Y acaso entre aquellos rumores se perderia la voz de un enamorado...

—No, no; eso era lo que faltaba. La naturaleza y el hombre parecen combatirse siempre: aquí, en este Madrid tan triste, viven muchos poetas que ensalzan la vida campestre: allí, la vida de la libertad, donde todo parece sonreir, los únicos hombres son, es verdad, muy buenos, pero al fin comerciantes.

—Y luego V. sólo gozaria con ese lenguaje desconocido que no tiene acento...

—Nó, porque al otro lado de los mares cantaban los poetas, y sus obras llegaban á mi cuarto. Eran mis únicos amigos y les contaba mis cuitas.

—¿Y las mias, las mias?

—¡Ah! V. era el más íntimo de todos.

Quedé deslumbrado un momento de felicidad. Me pareció que venia á mí, que sus mejillas enrojecian de pudor, que sus labios tamblaban como nunca. Empezaba á delirar, cuando una mano cayó sobre mi hombro y me hizo despertar de aquel ensueño. La voz de Eduardo sonó desagradablemente en mi oído.

—Encantadora Carmen, su mamá de V. la busca por toda la sala: ¿se ha distraído V. durante la danza?

—Figúrese V. cuánto me distraería, que hasta de V. mismo me habia olvidado;—y se marchó riendo como una loquilla.

Seguí á mi amigo Eduardo, que era demasiado caballero para que le hirieran en lo más mínimo las palabras de la hermosa niña. Paseéme, hice por estar alegre, (lo que no me costó mucho trabajo) é intenté desechár de mi frente la preocupacion que me oprimia.

SECCION GENERAL.

Desde la aparicion de nuestra Revista, han visto la luz en Madrid algunos otros periódicos literarios.

Es tiempo que se prescinda de la política para dedicarse á la ilustracion de todas las clases sociales.

Hasta ahora no hemos podido mostrar nuestro agradecimiento al *Jaque-Mate*, primer periódico que se ha ocupado de nuestra pobre publicacion.

Le saludamos con el afecto de un protector y amigo, si puede dispensarnos esta última gracia.

La *Biblioteca Universal*, empresa editorial de Madrid, ha publicado como su primera obra el célebre *Cancionero del Cid*.

La *Biblioteca Universal* vende cada uno de sus tomos al ínfimo precio de dos reales, y reparte un volumen cada mes.

¡Dichoso el público!...

NOMBRES DE MUJERES.

OTRO IV.

Por más que el lábio te pida
tu ternura,
el alma mía es perdida:
eres dura,
no puedes darme la vida.

¿Por qué intentar conmovér
con empeño
el pecho de esa mujer,
si es un leño
y no podré enternecer?

Quise declinar en tí
mi ternura,
y te burlaste de mí;
eras dura,
debí comprenderlo así....

¿Por qué de tal modo obrar
á tu lado?
¿Creí tu pecho ablandar;
he mirado
tantas rocas dominar!

Mas fué la esperanza loca
de mi empeño,
nada escuché de tu boca:
¡es un leño
que ha rebasado la roca!

A tu hermosa donosura
no resisto,
y no logro tu ternura;
ya lo he visto:
tienes el alma muy dura.
Llevó mis ansias el viento,
y cautiva
el alma dejó en tu aliento,
y tu ruda negativa
me queda en el pensamiento.

CANTARES.

El Sol tan pronto marcha,
Cual aparece;
El Sol de mi ventura
Partió y no vuelve.

Me llamaba desdichado
Cuando me ahogaban las lágrimas;
Hoy me juzgara dichoso
Si pudiera derramarlas.

Cruzando el mar sin límites
En mi barquilla voy,
Ya estando el mar tranquilo,
Ya silbe el aquilon.
La barca es mi esperanza,
El mundo acaso el mar;
Mas siempre turbulento
Le agita el vendabal.

LOGOGRIFO.

Ven, buen grumete,
Lánzate al agua,
Deja el arroyo,
En cuya playa
Ella te espera:
Coge la pala,
Corta las tenues
Gotas doradas,
Y cruza el lago,
Que ya se ensancha
O se deprime,
Segun la marcha.
¡No ves cuán bello,
Si un punto paras,
Es el paisaje?
Allá en la falda
Vive la perla
Que esconde el alma.
Vé aquella choza
Pequeña y blanca,
Que las azules

Aguas retrata.
¿Qué hará en tu ausencia
La niña amada?
Tal vez al dueño
Del pecho aguarda;
Acaso cruce
Por la montaña,
Llevando al hato
Su alegre cabra.
Tal vez los mirros
Su mano arranca,
Goza la esencia
Que al sol derraman
Y á sus cabellos
Rubios enlaza;
Acaso sola
Sus cuitas canta,
Y ese silbido
Que al viento vaga,
Es la cadencia
De aquellas ansias...
Mas boga, boga,
Mueve la pala,
Corre los cables,
Las velas cuadra,
Y deja triste
Tu hermosa playa;
Que aunque en la tierra
Dejas el alma,
Como grumete
Te espera el agua.

SOLUCIONES.

Nombres de mujeres: *Fé*.
Charadita: *Paloma*.
Geroglífico: *Entre dos seres iguales, hay notables diferencias*.

GEROGLIFICO.

NO

Dios
rima
amor
alma

TN

Momo
momo
momo
momo

Si, señor, la quiero: ¿y qué?

(La solución en el número próximo.)

LA VELADA,

PERIÓDICO LITERARIO.

Se publica los días 5, 15 y 25 de cada mes.

Suscripción.

Tres meses en Madrid: 4 reales.

Trimestre en provincias: 5

Administración: Humilladero, 3, principal, donde puede dirigirse la correspondencia.

El cange de nuestro periódico tendrá lugar en la Administración, Humilladero, 3, principal. Lo advertimos á nuestros colegas para que no lo confundan con el buzón de *La Cooperación*.

Puntos de suscripción: en Madrid, librería de San Martín, Puerta del Sol.

IMPRENTA DE LA ASOCIACION GENERAL DEL ARTE DE IMPRIMIR,
calle del Colmillo, número 8.